

que las estatuas están empolvadas y en que los manantiales permanecen secos. Una ráfaga de viento perfumado sacúdele á las veces agitando sus ramas y haciendo estallar en ellas suaves acordes. Después, todo queda en silencio, inmóvil, como la aguja de oro que señala la eternidad.

La maga no ha venido ó no ha agitado su vara de nácar y cedro; no ha aparecido ó no ha calzado sus blancas sandalias. Vano será el esfuerzo de los curiosos para asomarse á esos jardines, para visitar esos palacios, para escudriñar esas reconditeces del alma humana. En ellas sólo puede ya entrar el viento del otoño con sus frialdades y sus vahos de tierra húmeda. ¡Respeto á lo que ha sido, y paz perdurable y augusta á lo que nunca habrá de ser!

PRINCIPIO DE CURSO

No puedo remediarlo: me encantan los niños. Lo primero... porque no son hombres. Me embelesan cuando, envueltos en batistas y encajes, ó en groseros lienzos, se aferran al pecho de su nurriz, con la tenacidad y el ansia del pajarillo hambriento; deléitanme cuando saltan y palmotean ó lloran y gritan con la inconsciencia y la sinceridad que, poco á poco, habrán de ir perdiendo hasta desembarazarse de su crisálida, hasta aprender á cubrirse con una máscara inflexible; me subyugan cuando esbozan sus primeros pasos, como revuelo de jilguero que aún se recubre con el sedoso plumón del nido, ó cuando se les adereza su primer pantaloncillo corto y charlotean enajenados, mirándose las calzas:—*¡ Ya soy hombre!* como luego, de adultos, dirán más de una vez con melancolía:—*¡ Yo también fui niño!*

Para no pocos de ellos, Septiembre ha traído, con sus cierzos húmedos y sus vahos de tierra mojada, la preocupación del mañana, que no tenían. En el cuerpecillo del niño ha sentido el escalofrío primero la madre. Al punto ha rebuscado en el armario las prendas de abrigo ó ha recorrido los bazares requiriendo las diminutas chaquetitas de punto. Después ha acariciado al chiquitín y le ha dicho, frase más ó menos:— Mira monín: vamos á ver si estudias. Serás bueno y aplicado ¿verdad? Hazte hombre, hijo mío, y ya verás cuánto te queremos todos. La filípica ha terminado como las de todas las madrazas: en besos y lagrimones como puños. Eso sí: el chiquillo ha ofrecido estudiar y aún ha tomado un aire grave y reflexivo. Eso de ser hombre le agrada; pero luego ha oído preludiar un guitarra ó pregonar una nueva mercancía y el futuro doctor ha corrido *á ver cosas nuevas*, forma acaso la más completa de enseñanza cíclica y la más descuidada por padres y pedagogos.

La matrícula en los Institutos y Colegios nos recuerda los días azules en que soñábamos con un porvenir de gloria y de fortuna. Entrábamos por primera vez en los claustros y los encontrábamos harto grandes y fríos, como los extranjeros del Lácio

encontraban el foro. A nuestro pesar, experimentábamos cierto ligero espasmo que no era sino la resistencia al nuevo medio, algo como una inmersión en agua helada, y el miedo secreto á no hallarnos capacitados para desempeñar nuestro modesto papel de racionista en tan gran teatro. Los bedeles nos parecían altos funcionarios con sus levitas de áureos botones y sus gorras galoneadas. El bullicio de los estudiantes veteranos nos aturdía, y se nos antojaba una profanación en aquellas espaciosas galerías con tantas puertas, sobre cuyas cornisas leíamos palabras para nosotros ignoradas, y por entre cuyos resquicios veíamos largas hiladas de bancos vacíos, espaciosas vitrinas con pedruscos informes, aves zancudas y longirrostras, de patas y picos descomunales, cráneos de horribles cuencas y frascos de leyendas enigmáticas. En otras había máquinas y utensilios que nos inspiraban terror, como instrumento de tortura, y, en todas, el sillón y la mesa del profesor encima de un tablado, el sublime trípode, la piqueta de la ciencia oficial, sobre la cual habría de repetir sus lecturas manidas un señor que nos figurábamos siempre viejo y huraño, limpiando los cristales ahumados de sus gafas y ahuecando su voz campanuda.

No: no era aquel el regazo caliente de nuestra madre, ni siquiera el seno de nuestras afecciones. Veamos escribir nuestros nombres á los empleados de la secretaría y cobrar los derechos como un tributo. ¡Cuántos legajos! ¡Qué serio y enfadoso era todo aquello! Por último, salíamos con nuestro padre ó nuestro encargado á la plaza bañada en sol; pero el frío del aula quedaba en nuestros huesos. Habíamos despertado á la vida del sér intelectual y, desde luego, nos parecía sombría y triste.

Luego, ha podido más nuestra infancia, nuestra alegría, que la tiesura de nuestros preceptores y la austera severidad de sus mamotretos. Alguna vez hemos impreso con nuestras travesuras sobre su fisonomía de Catón el gesto de Demócrito. Los claustros se han poblado de gorjeos, los húmedos patios de juegos y risas; sobre los pisos de las aulas ha caído la saetería de nuestro ingenio. Pero, cuando al cabo de muchos años volvemos á entrar en aquellos recintos, recordamos la primera impresión de frío y de tristeza. Todo aquello nos parece más estrecho y obscuro: nos falta la juventud que poblaba aquellas escaleras claustrales de bacantes y aquellos desnudos muros de ninfas. Ya no están allí nuestros viejos maestros: los empleados mismos son otros

y no nos reconocen. No, parecen más graves y ceñudos los nuevos escolares. Y entonces decimos con el viejo Horacio: «Aquí viví. ¿Quién podrá hacer que lo pasado sea?»

Ya que es preciso, cometamos el crimen de convertir á los niños en hombres. Culpa es que nos ha sido impuesta: perpetuemos la fábula de Saturno. Pero, por esa infancia triste, por esos tiernos corazones sobrecogidos, hagamos el aula menos fría, rasguemos los ventanales de esos claustros, sustituyamos esos indigestos *in folios* por la enseñanza viva y palpitante de la naturaleza. Sólo así podrá entrar con los niños el aire y la luz. Sólo así, cuando vuelvan al cabo de los años á recorrer aquellas galerías, sentirán el orgullo de haber vivido; y el recuerdo de sus días azules, en que el ambiente era más puro y el sol más fulgente, podrá palpar nuevamente en su corazón.

LA GLORIOSA

Nuestra quinta estaba situada á unos cuantos kilómetros de Madrid, y se extendía en un gran cercado, como de unas tres y media hanegadas; en gran parte de este terreno, convertido en huerta, había un jardín frondoso, á que Daniel, el hortelano, llamaba pomposamente el *Parque*. Delante de éste había una gran explanada, desde la cual se veía á lo lejos Madrid, con sus cúpulas elevadas y sus reflejos de cristalería. Limitábase la explanada al saliente por un verdadero bosque de chopos y plátanos, á cuya sombra leía yo á los ocho años *La redención del esclavo*, *Las ruínas de Palmira* y *La moral universal*, por el barón d'Olbach.

A Norte y Sur se alzaban dos grandes edificios: uno era la vivienda; en otro estaba el gimnasio, las cocheras y otras dependencias de la finca. Delante de ambos

se extendían dos filas de copudas acacias y lustrosos evonimus. Al Poniente estaba la verja y puerta de ingreso. Una ligera capa de arena rojiza cubría la explanada. Aquel era mi picadero.

Todas las mañanas montaba una jaca alazana de no mala presencia y daba mis paseos por el *parque*, en donde me saturaba de aromas y saciaba de trinos. Luego volvía á la explanada y allí obligaba al manso animal á agitar su remo fino y nervioso, como si contara, á alzarse para dar la vuelta de tornillo y á arrodillarse resoplando, ni más ni menos que los caballos de los circos ecuestres.

Un día de Septiembre del año 68 recibimos orden de trasladarnos á Madrid. Aquello no me agradó poco ni mucho; en Madrid no tenía jardín, ni gimnasio, ni jaca, ni moral de Olbach. Además, en mi imaginación de nueve años, la corte se me representaba como la ciudad de la angustia y del sobresalto. Recordaba con desabrimiento y terror las primeras impresiones allí recibidas: el cólera del 65, que sobrecogió á las gentes hasta el punto de dejar las calles desiertas; la noche tenebrosa de San Daniel, en que salimos á oír la serenata y hubimos de guarecernos en un rincón del viejo convento de la Trinidad para no

ser atropellados por los caballos de la *Veterana*. Por fin, la revolución del 22 de Junio, día en que hubo que sacar los colchones á los huecos de la fachada para librarlos de las descargas de fusilería. De todo aquello una sola cosa sacaba yo en limpio: que estábamos en poder de frailes y monjas, que había mucho tuno y que Prim nos iba á salvar á todos, ayudado por otros señores muy buenos, entre los cuales estaba (asómbrense ustedes) ¡Sagasta!

No habíamos hecho sino llegar á Madrid cuando entré en la sala el criado gritando: ¡*Ya corre la gente!* Aquel *ya* valía una Restauración. Nuevos sustos y ahogos; mi padre estaba fuera de casa y temíamos no se le hubiese echado encima algún veterano de los pitados el 10 de Abril. Poco tardó en llegar muy contento (había sido jefe de barricada el 54), diciendo que Serrano había cascado las liendres á Novaliches y Lacy en Alcolea, que la Marina se había *pronunciado* con Prim y Topete y que los Borbones..., en fin, lo que luego escribieron sobre las rejas de la Casa Aduana Ducazcal ó Romero Robledo.

Todos nos alborotamos. Comenzaron á pasar músicas y carros con banderas. Al frente de un grupo iba á caballo un señor que, según me dijeron, era Pucheta. Tomó

unas copas sin apearse en la taberna del 35 (calle de Atocha), y dijo algo que no pude entender. Hoy me figuro lo que sería.

¡Vaya un entusiasmo! ¡Qué vivas! ¡Qué abrazarse los unos á los otros! Pronto me disgustaron dos cosas: la gente comenzó á romper los faroles que tenían coronas y algunos escaparates que ostentaban el escudo de real proveedor. Luego aparecieron muchos hombres con escopetas, y enfrente de Fomento fusilaron varios retratos. Supongo que habrán colocado otros nuevos. Aquella noche había ya batallones improvisados de gentes vestidas de la manera más bizarra. Tres ví pasar, lo menos, desde el café de Zaragoza, precedidos de murgas que entonaban patrióticos himnos. Aquello tal vez sería muy ridículo; á mí me pareció muy hermoso y sublime. Era un pueblo que despertaba, y los acordes de aquellos himnos se me antojaban un canto heroico á los ideales modernos lanzados en los albores de una España nueva.

Madrid, ¿cómo lo diré?, *tenta otro color*. Color de población alegre, candorosa, como niño á quien sacan de su encierro para enseñarle un montón de juguetes. Los balcones se iluminaron, y nosotros fijamos también en las palomillas los faroles de aceite que hoy, empolvados y rotos en el desván

oscuro, yacen esperando en vano un altar. Fueron ocho días de fiesta, de embriaguez, de locura, de encender candelillas á Prim y de hacer chistes á expensas del padre Claret y de sor Patrocinio, de Marfori, y de no sé qué señora Paquita, que debía ser grande amiga de los tales. Ocho días de hablar de soberanía nacional y de las quintas, y de los consumos, y del manifiesto de Cádiz, con aquello de: «Queremos poder decir las causas de las supremas resoluciones á nuestras esposas y á nuestras hijas». ¡Ah, qué infantil y qué hermoso era todo aquello!

Pero, á los ocho días, volví á la quinta. Daniel nos recibió con un enorme fusil Berdan, que había cogido en el Parque, no en el nuestro, sino en el de San Gil. Pretendí montar á la jaca; ¡que si quieres! Ocho días de cautividad no más había necesitado para sublevarse, así como el pueblo español había necesitado diecinueve siglos. Aquello era lo que había que ver; tuvimos que hacer con ella lo que luego se hizo con la Revolución: venderla. Claro es que ya de ella no queda ni polvo. ¡Pobrecilla: murió sin conocer los tiempos de Azcárraga y el padre Montaña, sin ver los frailes y los cupos de ochenta mil hombres, los registros y los cacheos!

OCTUBRE

¿Quién ha dicho que el año comienza en esas alboradas frías, húmedas, desapacibles de Enero? ¿Quién ha asegurado que debemos contar el tiempo á partir de esas tardes nubosas y grises, en que el cierzo nos retiene junto á la lumbre y la lluvia lagrimotea en los cristales de nuestro balcón? No: en Madrid el año comienza ahora, cuando regresa su población, diseminada por playas y termas, montañas y ventisqueros; cuando ilumina sus prodigiosas vitrinas y despliega sus fastuosidades y se ciñe con diademas de luz. Ahora engendramos los nuevos propósitos, y rectificamos nuestra conducta, y nos bañamos en un ambiente de ilusiones nuevas, azules y rosáceas, y volvemos á ver á los seres queridos, y encendemos las luminarias de nuestra fantasía, que el sol del estío habrá de eclipsar.

Es ahora cuando comienza la vida, porque ahora empieza la actividad. Y la vida es eso: lucha, combate, energía que se concreta, sangre que se quema, celdillas que se

destruyen en el laboratorio donde se forjan nuestras ideas y nuestras pasiones. Como es el espacio el orden de las cosas, y el tiempo la sucesión de los hechos, la vida es la gradación de nuestros esfuerzos. A mayor movimiento, más vida. Y así vivimos, como la Atene griega de nuestra propia muerte; porque es el movimiento quien nos ha de matar.

Hemos descansado en el seno de la Naturaleza, y ahora sólo queremos vivir, soñar, pensar; pero todo aprisa, como la niña de la dolora. Madrid nos parece más grande, más luminoso. En sus vías espaciosas, alumbradas por los poderosos focos eléctricos, que nos parecen lunas arrancadas al cielo de la industria, ornadas por sus mil resplandores policromos, animadas por una muchedumbre lujosa que se mueve con agitación de hormiguero; en sus plazas babilónicas, pobladas de mil ruidos, entre los cuales se destacan los golpes metálicos de los coches eléctricos, que parecen campanas de un templo que nos llama al culto de la vida moderna; en sus escaparates, donde deslumbra y sobrecoge el fausto aún más que las bombas de luz, cuyos fulgores fingen arabescos en los brocados, encajes y pasamanerías, se tornasolan en nácares y perlas y se multiplican en haces de destellos en las

radiantes pedrerías; en sus edificios de líneas majestuosas, fantástico ingreso y recamado balconaje; en la magnificencia de sus paseos, en donde las hojas preludian la elegía otoñal; en la suntuosidad de sus coliseos, donde nos espera la alegría ó el tedio, la amistad ó el amor, y, aun quizá, la decepción ó la gloria, reconocemos la ciudad madre, aquella que arrulló nuestra infancia ó que nos acogió en su regazo como amante nutriz; aquella en cuyo seno quisiéramos que pasase nuestra existencia, porque, sobre las ruinas de nuestra juventud y nuestras más bellas ilusiones, la hemos alzado un ara elevada sobre cenizas aún calientes, como los altares de los bosques de Olimpia.

Todo ha cambiado, y es ahora cuando ese cambio nos impresiona. Sobre la frente de una mujer hermosa ha aparecido la primera cana. ¿En dónde ocurrió la tremenda catástrofe? Tal vez en aquella tarde de infinita melancolía que pasó viendo atropellarse las olas y rodar sobre la verde superficie ondulada para esparcir sus espumas sobre la musgosa roca solitaria; acaso en aquella noche llena de sombras gigantescas y medrosos silencios en que, haciendo del antepecho reclinatorio, comprendió por primera vez el lenguaje místico de las montañas que se recortan en la sombra, de los astros

que fulgen, de las aves nocturnas que pasan, de las caléndulas que perfuman, del viento que tañe en las briznas su melodioso cánon. Pero ahora es cuando se ha dado de ello cuenta. Acudirá á las fiestas cuyo mejor ornato fué, y allí podrá leer en la sonrisa de sus rivales, en el desabrimiento de sus devotos, que ha transcurrido un año y que su juventud se marchita como esas florecillas silvestres que conserva en las hojas de sus libros de devoción.

Ha transcurrido un año. ¿Cuándo, en qué día, á qué hora, á compás de qué llanto nos abandonaron para siempre esos seres que al volver echamos de menos? Es una procesión interminable de figuras austeras, de frentes venerables ó cándidas, de cabecitas trigueñas ó rubias, de fisonomías plácidas ó amorosas que para siempre se han borrado. Y es ahora cuando echamos de menos su ausencia. ¿Y cuándo todos esos otros arcángeles han tomado vestidura mortal? ¿Cuándo han roto sus adormecidas crisálidas esas adolescentes, que dejamos niñas aún? Al ir á besar sus frentes virgíneas, temblamos y nos apartamos con embarazo, con ese rubor del hombre maduro ante la inocencia, que no es sino el tributo que rinde la experiencia amarga al candor juvenil, Júpiter á Juno, Hércules á Onfalia. ¡Ah, cómo pasa el tiem-

po! Ahora, al reanudar nuestra vida de siempre, es cuando nos enseña la Naturaleza cruel que su labor es destruir, destruir implacablemente, para crear de nuevo.

Ahora comienza el año. Madrid lo sabe y celebra sus nupcias con el otoño, como el campo las celebra con la primavera. Cuando ruedan en el bosque las hojas y vibra en los ramajes el soplo helado á cuyo contacto se esconde la savia, y los pájaros emigrantes dejan sus tibios escondrijos para tender el vuelo á otros climas, siente Madrid arder en sus arterias el fuego de la vida que se renueva. Cuando, allá para Mayo, las madrigueras palpiten, y los nidos se cubran de aleteos, y estallen los brotes y surja en las copas de los chopos el verdor de la nueva hojarasca; cuando la Naturaleza prosiga su interrumpida cadencia y resuene en sus frondas la flauta cristalina de Pan, á que acompañará la alondra con sus trinos, Madrid cesará en su bullicio, y verá dispersarse á sus ninfas y arrojará en el polvo á los vencidos en la lucha del año, como arrojan las flores en otoño sus ya marchitos pétalos.

Porque el hombre moderno huye cada vez más de la Naturaleza, demasiado á las veces; pero conservando en su corazón algo que parece gritarle: «¡Ah, madre augusta, al cabo volveremos á tí!»

AL AMOR DE LA LUMBRE

«Tomaremos té junto al fuego». La invitación, más que tentadora, era irresistible. Pasar la velada junto á una mujer hermosa, que sujeta con sus dedos de nácar una taza de Sévres, llena de aromas tibios; contemplar, reclinado en el aterciopelado sillón, la llama que brilla y lame los troncos con besos destructores; mirar cómo se derrumban los encendidos castilletes de ascuas, deshaciéndose en haces de chispas; agitar aquel fuego, observar sus infinitas variantes y, cuando ya parece extinguirse y torna la sensación de frío, lanzar sobre la lumbre un nuevo tronco y sobre la mujer una mirada más. Todo eso es muy bello. No he podido resistir á la tentación y he acudido á la cita.

He entrado. La alfombra era blanda como un prado de césped; la habitación lujosa, caliente, perfumada por plantas exóticas,

como el invernáculo de un nabab; su dueña esbelta, con majestades de soberana, haciendo crujir sus faldas de seda con esos rumores sensuales que los franceses llaman *froufrouantes*, como ecos de cartulina Bristol que se rasga. El piano abierto, con su dentadura fantástica, alumbrada por bujías eléctricas de globos cristalinos, velados por pequeñas pantallas que imitan tulipanes golcóndeos, de reflejos rosáceos y opalinos. Después el sillón: *mi sillón*, ancho como un sitial románico, pero bajo, coquetón, forrado de terciopelos y brocateles, como refugio de mujer elegante y melancólica. Me he sentido feliz. A mi derecha el velador con los humeantes cacharruelos que muestran en relieve mandarines lujosos y coquetas y sonrientes chinitas. Sobre mi cabeza el artesonado conventual; pero más ligero, más riente, con sus flores y hojarasca de roble y sus cincelados áureos; á mi izquierda el alma de aquella estancia, semejante, en lo fastuosa, á un templo, y en lo grata y apacible, á una cuna. La mujer: el eterno femenino, riendo con su boca perfumada, con su cabello que recuerda el bien oliente casco de Mallarmé, su mirada escrutadora, incisiva, y sus orejas pequeñas y blancas destilando zafiros.

El programa estaba cumplido. Pero, de

pronto, he sentido el vacío de algo muy bello y muy amado y he girado la vista, como Dante al no hallar en el cielo á Beatriz. Y el fuego, ¿en dónde estaba? ¿No habría algo que brillase y ardiese, algo que se derrumbase é hiciese cenizas? ¿En aquel microcosmos de juventud, de gracia y de riqueza, ¿no habría, pues, vida? ¿Todo estaría muerto como en el palacio legendario de los encantos?

Mi adorable amiga ha adivinado mi estupor, y sonriendo más, ha señalado con su dedito afilado y ebúrneo, un horrible armatoste cerrado, sin reflejos igneos, sin aureolas encendidas. Solamente un trozo de talco rojizo imitaba la lumbre, como á la estrella el gusano de luz. La electricidad serpeaba allí dentro. El fuego era aquel; pero envuelto en la clámide fría de la ciencia, despojado de su diadema de amapolas y espigas, condensando el alma de un mundo novísimo y helado que, en fuerza de ser sabio, va dejando de ser hermoso.

—¿Qué tal?—ha preguntado la maga.—Parece, señor filósofo, que se ha quedado usted algo yerto. ¿No es grande, no es propio de nuestro siglo esclavizar las fuerzas de la Naturaleza? ¿No es hermoso sujetar el calor y el fuego, regular sus más pequeños efectos, encenderle, graduarle y extin-

guirle, si es preciso, con sólo oprimir un botón de nácar?

Y, diciendo y haciendo, ha tocado un botón medio oculto entre los cortinajes, y el talco ha oscurecido su rojiza mirada. El calor ha cesado. En el centro del aparato la energía ha dejado de circular. Me ha parecido entonces más negro, más muerto que nunca. No he podido disimular mi agitación.

—No—he contestado.—El fuego es bello, como el mar, porque es libre. La llamada, como la ola, es grande porque no obedece á mandato alguno. Es la energía dueña de sí misma; es la vida con sus sorpresas, sus cambios, sus desfallecimientos y sus arrogantes protestas. Pero sujetemos el mar á un ritmo y no tendrá grandeza; busquémosle una tonalidad y perderá su acento de rey. Hemos quitado al fuego su albedrío y miradle: está muerto. Ya no ruge, ya no palpita, ya no destruye; pero ya no nos dice nada; su estrofa ya no vibra, su luz ya no deleita. Ya no nos habla del pasado, ni evoca el porvenir; ya es mudo, taciturno y despreciable, porque es esclavo.

Amigo mío—ha replicado mi interlocutora, oprimiendo de nuevo el botón y encendiendo las entrañas del aparato informe:—todo eso es muy lindo y yo no sé con-

testar á usted. Pero me parece que hay en ello más artificio que verdad. ¿No nos habremos enamorado de lo exterior, de lo vano, de lo formal, de lo consagrado por la rutina? Si estuviera aquí un sabio como Echegaray, él le diría á usted que toda esa transformación y lucha de la naturaleza está ahí dentro. Que la desintegración é integración de las fuerzas se realiza, lo mismo en el dinamo y el alambre que en el trozo de roble encendido ó en el sarmiento que se retuerce bajo la campana del hogar. Lo que hay es que nada de eso apreciamos, porque escapa á nuestra perspicacia, porque el mundo de lo pequeño se nos huye. En el seno de ese, que llama usted armatoste, porque ha roto en él el artista los moldes clásicos, hay poesía y luz y evolución y vida. Sólo que no es la vida de otro tiempo, porque lo pasado no vuelve. ¿Me explico? Y, ahora, tome usted el té, que se enfría.

He bebido la olorosa tisana. Un calor suave, confortador, se ha esparcido por mis venas.

—Es usted una mujer muy discreta—me he atrevido á decir.—Así, voy á conceder á usted que hay belleza en las reconditeces de esa máquina. Pero ¿de qué nos sirve, si no la vemos? ¡Pobre magnificencia

aquella que no puede recrear nuestros ojos! ¡Desdichada belleza la que nunca podremos ver! Friné no hubiera convencido á sus jueces, á haber conservado su túnica. La belleza supone su percepción. Es doble; está en la realidad y en nosotros, en el mundo y en el espíritu. Ni hay matiz para el ciego, ni melodía para quien no sabe ó no puede escucharla. ¡Donoso consuelo, peregrina belleza la de un concierto que no se escucha y una belleza que no se ve!

Mi bella enemiga ha lanzado una carcajada.—¡Pero si la idealidad—ha dicho—es eso! Algo que se presiente, pero que no se ve. Es el empíreo que nunca vimos, el Jehová que jamás se mostró á nosotros; lo que hay más allá de nuestros sentidos, lo que se oculta á nuestras miradas. Lo que nos deleita es el cielo azul, *que no es azul ni es cielo*, es tan sólo el enigma; lo que nos absorbe en el mar es aquella línea tras de la cual el misterio se oculta. La belleza no resiste el análisis. Adore usted una sonrosada mejilla, pero ¡por Dios! no la examine usted al microscopio. Verlo todo. ¡Pero si esa es el ansia de Satán! Belleza analizada es belleza perdida. El arte es el misterio. No rasguemos sus nieblas, si queremos que quede en nuestra copa una gota del bálsa-

mo que hizo á Salomón venturoso é inmortal á la reina de Saba.

Estaba encantadora: sus mejillas tomaban los tintes de la adelfa roja, sus ojos fulgían negros y rasgados; su brazo desnudo descansaba en mí.

La he mirado y sentido una sensación indecible. He visto con ansia deleitosa entreabrirse sus labios bermejos. Mi mano ha oprimido su mano.

El amor, el eterno amor, ley misteriosa de la vida, surgía una vez más sobre todas las oposiciones del pensamiento y todas las veleidades de la materia, como cópula eterna.

EL COCIDO AMARILLO

Es una bonita leyenda. Y, además, es la leyenda de los corazones sensibles... que no sienten sobre los andamios el espasmo del vértigo. Han llegado las primeras heladas, las mañanas grises en que flotan en el ambiente los jirones de niebla, que son como el armiño del pobre; han llegado las tardes de aquilón y llovizna. El fuego está encendido en la chimenea; la vajilla despide sus reflejos en el aparador tallado; nuestros pies se hunden en las alfombras y nuestras miradas descansan apacibles entre los pliegues de los cortinajes. El pobre, entre tanto, trabaja: en el campo cubierto de escarcha, en el taller destartado y abierto á las corrientes del cierzo, en el andamiaje que se columpia al soplo del vendaval, en el escurridizo alero presto á doblarse bajo el peso del inexperto aprendiz. No tiene el pobre chimeneas, ni alfombras, ni cortinajes, ni